

**Alejandro Cuevas**  
Literatura barata



menos**cuarto**

Este libro está fabricado con papeles con certificado forestal que controlan el origen de la materia prima provenientes de montes sostenibles, garantizando el respeto al medio ambiente.



© Alejandro Cuevas, 2023  
© Menoscuarto Ediciones, 2023

ISBN: 978-84-15740-93-3  
Dep. Legal: P-50/2023

Ilustración de portada: © Lara Lars  
Diseño de colección: Echeve  
Corrección de pruebas: Beatriz Escudero

Impresión: Gráficas Zamart (Palencia)  
Printed in Spain - Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES  
Pza. Cardenal Almaraz, 4 - 1.º F  
34005 PALENCIA (España)  
Tfno. y fax: (+34) 979 701 250  
correo@menoscuarto.es  
www.menoscuarto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

PRIMERA PARTE, que podría titularse y, de hecho, se titula «Enciclopedia ilustrada de las maravillas del mundo» y que se compone de diez capítulos o fragmentos sin demasiada conexión aparente entre ellos y que tiene como pórtico la siguiente cita, extraída del *Libro del desasosiego*, de Fernando Pessoa:

«Somos lo que no somos, y la vida es rápida y triste.»



# 1

Desde que su novio, con el que ya tenía fijada la fecha de la boda, elegida la tarta nupcial y pagada la entrada de un piso en el extrarradio, fue abducido y asesinado por los extraterrestres, Dolores no ha encontrado nadie que la quiera.

Raúl (así se llamaba) tenía veinticinco años, dos más que Dolores, y estaba practicando senderismo en compañía de un par de amigos. Aquella excursión era una especie de despedida de soltero en versión campestre y saludable, porque Raúl ni bebía ni fumaba y detestaba esa vida noctámbula que lleva a la gente de garito en garito y de resaca en resaca. El grupo se entretuvo haciendo fotos del paisaje, especialmente de las espectaculares vistas de un valle a la luz del crepúsculo. La grandiosidad de la naturaleza ayuda a colocar los propios problemas en perspectiva. La noche los sorprendió, aunque no demasiado: habían previsto que eso pudiera suceder y habían subido al monte con una tienda de campaña y sacos de dormir. Encendieron una hoguera para calentar unas latas de cocido madrileño.

A eso de la medianoche, cuando ya llevaban un rato dormidos, los pájaros, repartidos por las ramas de los ár-

boles, se despertaron en medio de un gran alboroto y salieron volando en una estampida aérea, graznando y piando como locos. Raúl y sus amigos, sobresaltados, salieron en pijama de la tienda para averiguar qué sucedía.

Antes de ver la aeronave, cuyo motor no emitía ningún ruido (al menos ningún ruido perceptible por el oído humano), los bañó un resplandor verdoso que a Raúl le recordó al champú que solía comprar.

El ovni tenía forma de orquídea. Raúl pensó que aquella estructura tan compleja, con tantos picos que parecían pétalos y tantos tubos que parecían estambres, no tenía que ser demasiado aerodinámica, aunque era innegable que para llegar a la Tierra había tenido que recorrer una distancia medible sólo en millones de kilómetros o incluso en años luz. Los potentes telescopios terrestres no habían encontrado evidencia de vida extraterrestre (y si lo habían hecho, las autoridades se lo habían ocultado a la población). ¿De qué planeta procedían? Ni idea. Era obvio que los alienígenas eran capaces de cubrir una distancia mayor que el alcance de las lentes de los telescopios humanos. O quizás estamos siendo muy primitivos al concebir su viaje sólo en términos de distancia física. Tal vez aquella civilización alienígena era capaz de saltar entre dimensiones, de teletransportarse y de muchas proezas más que escapan todavía al alcance de nuestra mente cuadrículada. Procedía, de eso no hay duda, de algún lugar al que llamarían hogar, de ciudades inconcebibles para nosotros, con casas y zonas de ocio y grandes pabellones para la práctica de deportes que ni siquiera podemos imaginar, quizás ni

siquiera basados en la introducción de esferas en huecos y agujeros.

Los extraterrestres no llegaron a aterrizar. Mantuvieron su nave suspendida a unos cien metros de altura, levitando sin la menor oscilación. De repente, uno de aquellos estambres giró algunos grados, se flexionó y emitió un rayo que alcanzó a Raúl en el pecho. Era un rayo, por así decirlo, pegajoso, como una telaraña de luz. A Raúl el rayo no le causaba dolor, simplemente le tenía atrapado y eso, claro, generaba mucha angustia. Gritó, intentó salirse de la trayectoria de aquella trampa (corrió, saltó, se tiró al suelo y rodó como una croqueta), pero le resultó imposible liberarse. El rayo experimentó un leve cambio de tono (del verde champú al verde lechuga) y comenzó a actuar a través de él una fuerza de tracción que elevó a Raúl por el aire, lenta pero inexorablemente, por mucho que pateara e insultara y gesticulara. «¡¡Extraterrestres, hijos de puta!!», serían las últimas palabras que sus amigos recordarían de él.

Cuando ya estaba a una altura considerable, una altura desde la que caer al suelo, si el rayo le hubiera soltado, habría supuesto una muerte segura, se abrió un orificio en la gran orquídea de apariencia metálica. Metieron a Raúl dentro y el ovni desapareció a una velocidad tan alta que es como si se hubiera desvanecido. Los pájaros tardaron una semana en regresar a esa zona del bosque.

Los amigos de Raúl no pudieron hacer nada por ayudar a su amigo, así que lo grabaron todo en vídeo, con mano temblorosa y un desenfoque bastante molesto para el espectador. Al menos, querían tener una prueba de lo

sucedido. Esas imágenes se las enseñaron a Dolores y al informativo local y al Ejército.

A Dolores le causaron una devastación total. Sólo las vio una vez y los ojos se le llenaron de lágrimas de rabia e impotencia. Las vio, eso sí, hasta el final, hasta el mismo momento en que aquella orquídea intergaláctica se tragó a su novio y luego se esfumó.

El informativo local les dijo que ese tipo de noticias no interesaba a la audiencia, que la gente estaba harta de abducciones extraterrestres. Desde que la NASA había empezado a mandar mensajes al espacio con una antena descomunal construida a las afueras de la ciudad, los extraterrestres aparecían de vez en cuando, siempre con malas intenciones. En la ciudad era difícil encontrar a alguien que no hubiera perdido así a un familiar o amigo o conocido, aunque tampoco hay que descartar que algunos utilizaran la coartada alienígena para marcharse de la ciudad y empezar en otro sitio una vida nueva partiendo de cero.

Los extraterrestres nunca bajaban a tierra. No se habían dejado ver cara a cara. Ni siquiera se sabía si tenían una fisonomía más próxima a la humana (con cabeza desproporcionada) o a la de los reptiles, o eran una masa amorfa sin ninguna similitud con otros seres vivos de este planeta, excluyendo, claro, a los seres microscópicos. Tenemos tendencia a imaginar a los extraterrestres como seres antropomórficos, pero quizás se parezcan más a una ameba o a un paramecio.

El alcalde de la ciudad, que en su momento había defendido apasionadamente la construcción de la gran ante-

na de la NASA, por la inyección económica que eso suponía, se había arrepentido varias veces en público.

—¿Cómo iba a sospechar yo los terribles daños colaterales que supondría el radiotelescopio? —había repetido, entre lágrimas, en varias ruedas de prensa—. Ningún experto me alertó de esto.

Pero no era cierto: aunque había científicos furibundamente partidarios de la antena, otros hicieron campaña en contra, avisando de que eso era como jugar a ser aprendiz de brujo y podía escapar a nuestro control.

—Estamos golpeando un avispero con una vara —determinó un científico, que quiso expresarse con un lenguaje llano para calar más hondo en la opinión pública.

Ahora el Ayuntamiento de la ciudad tenía un contrato firmado con la NASA válido durante ochenta años. Un contrato irrompible, lleno de cláusulas enmarañadas, que arruinaría a la ciudad si se decidía desmontar el radiotelescopio antes de tiempo, unilateralmente. Les quedaban setenta y cinco años de extraterrestres secuestrando gente con fines terroríficos, un goteo siniestro de desapariciones.

Por supuesto, cada semana había un nuevo intento de sabotaje de la antena, pero el Ejército, a regañadientes, no tenía más remedio que protegerla con todos los medios disponibles, incluyendo un tanque.

¿Por qué los extraterrestres se llevaron a Raúl y no a cualquiera de sus amigos que eran varones físicamente muy similares y en el mismo rango de edad? ¿Por qué los extraterrestres abducían a unas personas y a otras no? Es un misterio. Quizás fue simplemente azar, que es la expli-

cación que damos a todo cuando no encontramos un razonamiento lineal.

Dolores a veces cree que los extraterrestres se llevaron a su novio para fastidiarla a ella. Ella tiene, enquistado en su personalidad, ese sentimiento de manía persecutoria, de paranoia catastrófica, la sensación de que todo le sale mal porque alguien decide que sea así.

Raúl apareció cuatro años después. Le encontraron unos alpinistas a varios miles de kilómetros, en los Alpes suizos. Su cadáver congelado, que afloró como consecuencia de un alud, se conservaba a la perfección, aunque estaba surcado por las cicatrices de una autopsia minuciosa.

Todos sus órganos habían sido extraídos y sustituidos por arena que, al analizarla, resultó proceder del desierto del Sáhara. Sus ojos habían sido reemplazados por dos botones de color rojo. ¿Qué sentido tiene eso? Ninguno, probablemente, pero Dolores buscó explicaciones durante mucho tiempo y leyó un montón de libros sobre extraterrestres, desde los acercamientos más científicos hasta los puros desvaríos perpetrados por chalados. Dolores quería conocer a su enemigo. Luego, claro, se le fue pasando la ira y el ánimo de revancha, porque tú puedes vengarte de un vecino que hace ruido a horas intempestivas o de un compañero de trabajo que te pone zancadillas para que no asciendas en la empresa, pero odiar a una raza alienígena que te sobrepasa tecnológicamente es un poco absurdo y nunca vas a tener la oportunidad de aniquilar su civilización de mierda, ni siquiera de darle a uno de ellos un par de sonoras bofetadas en su mejilla de sapo o de homínido